

El cielo roto de Gabriel Macotela

Por Santiago Espinosa de los Monteros

Me atrevería a suponer, porque las obras me lo dicen, o por lo menos se lo sugieren a mis sentidos ante la manera en que llegan hasta ellos y despiertan mi atracción como espectador, que en la pintura de Gabriel Macotela hay una muy particular y difícil libertad: el artista se deja guiar por su temperamento, por su sensibilidad, y son ellos los que le dan a sus cuadros, a pesar de su evidente rigor, ese delicado lirismo que nos hace pensar en una forma de ensueños que se convierten en armonía de la forma y del color: en pintura.

Juan García Ponce

Desde hace algunos años a la fecha, al hablar de arte contemporáneo, en el rubro de la plástica es referencia obligada el nombre de Gabriel Macotela. La razón es sencilla. Posiblemente se cuente entre los trabajadores del arte con una visión más amplia de esta labor. Su misma diversificación de actividades nos demuestra el interés y la disciplina que tiene en todas las ramas que toca. Esto no es muestra de poca solidez en la mayoría de ellas. Macotela no es un aventurero de los medios expresivos, es un investigador que muestra los resultados casi al momento en que estos ven la luz. Como editor, junto con Yani Pecanins, su compañera inseparable, ha sabido hacer, primero, de "Cocina, Ediciones Mimeográficas" un medio de expresión alternativo que da cabida a las más desbocadas ideas editoriales. Libro-objeto, libro de artista, cajas, técnicas nuevas y nuevos usos de las antiguas, debieron conjuntarse para lograr lo que

posiblemente se gestó desde aquel Grupo Suma, en donde había que trabajar y proponer, crear, inventar, retar a una comunidad que no tenía costumbre de *ver* (no sólo cosas nuevas, sino simplemente de *ver*) lo que sucedía en su entorno. Y segundo, "El Archivero", santuario y crisol de libros de editoriales marginales en donde además del propio Gabriel y Yani, participa activamente un eterno preocupado de las cuestiones plásticas contemporáneas: el museógrafo Armando Saenz Carrillo. Ahí, en el local de la colonia Roma, existen ejemplares únicos o pertenecientes a series muy limitadas que se encuentran tanto en exhibición como a la venta en un esfuerzo sin precedente por mantener a flote una tribuna singular de expresión plástica.

Foto: Rogelio Cuéllar

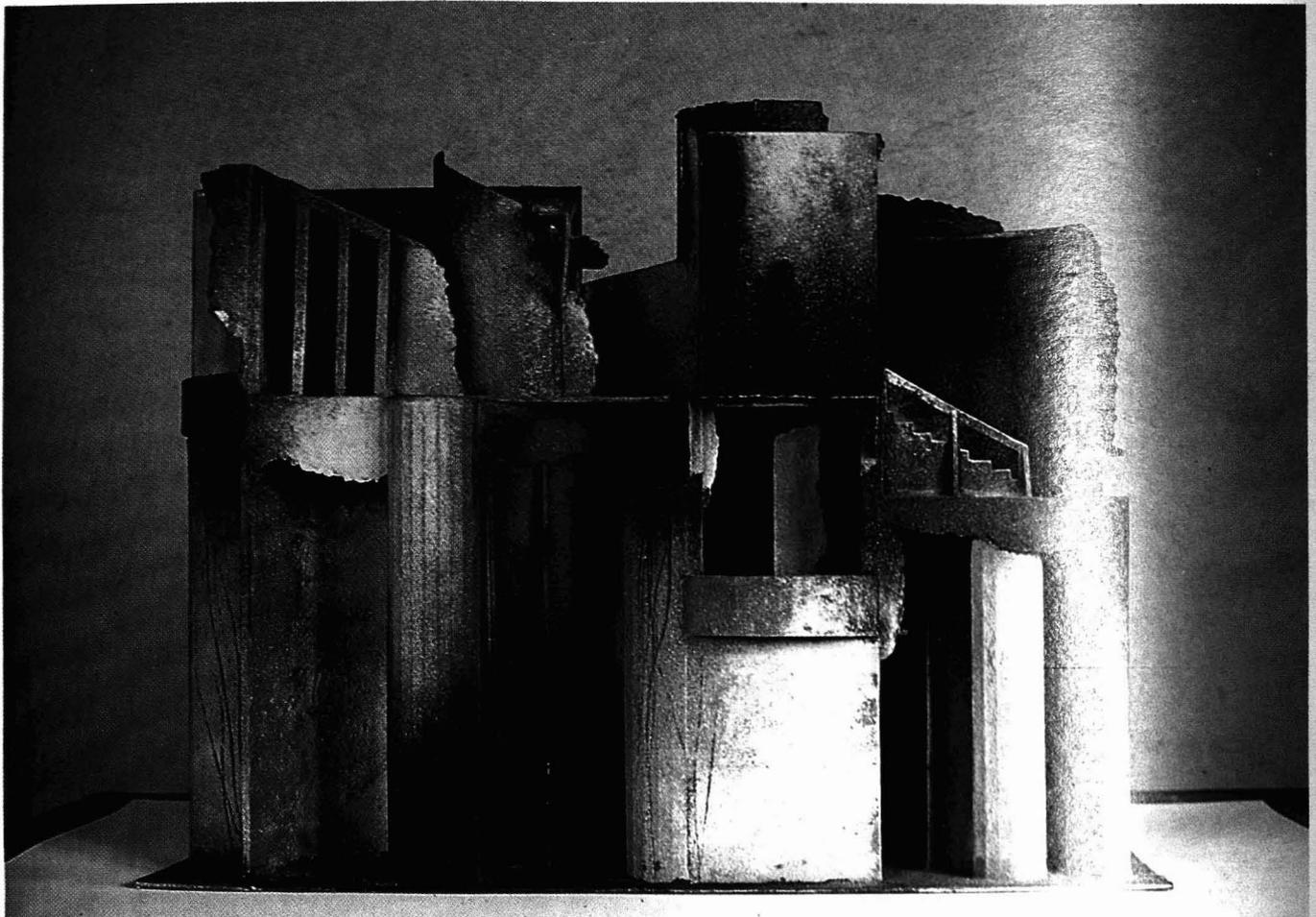


Gabriel Macotela

Sobre esta doble actividad de Gabriel, la de pintor y la de editor, Jorge Alberto Manrique ha sido muy claro: "Pero parece mantener ambas actividades como dos quehaceres cercanos y sin embargo diferentes. No estamos en presencia de una doble personalidad ni de una claudicación, sino del deseo y la necesidad de mantener vivas dos posiciones, dos posibilidades que en parte se nutren una de otra, y que en todo caso siguen, las dos, siendo válidas para él."¹

Como escultor, Macotela ha trabajado en otros años el bronce y la cerámica. Más recientemente, con el asunto de las maquetas (aunque no se les podría calificar propiamente de esculturas), ha venido a desarrollar una forma olvidada de re-crear un entorno en el que cabe siempre la posibilidad de habitar. Preocupación vieja en Macotela, la ciudad y todo lo que ella encierra, no se escapa de su campo de trabajo porque todavía no es de los asuntos que le tengan sin cuidado. No es casualidad que desde hace varios años, sus exposiciones hayan tenido referentes directos a lo urbano, a las construcciones, a las calles con alfombras de cemento, texturas a veces arenosas, a veces ásperas, a veces emulando en sí mismas el propio paisaje; el real y el deseado. "Desde muy joven —cuenta Macotela— hacía maquetas de barcos, de casas y de construcciones fantásticas en cartón, así como dibujos en la imprenta en que trabajaba con mi padre. Una

¹ Jorge Alberto Manrique. "Gabriel Macotela: diario horizonte". *Revista de la Universidad de México*, Nueva época, junio de, 1983, No. 26. pp 46 a 48.



Maqueta

exposición de arquitectura e ingenieros que vi hace dos años en el Centro Georges Pompidou, me reforzó la idea y me animó a hacer las maquetas de estas fábricas inútiles, como la de *círculos concéntricos*, que se convierten en templos, teatros abiertos, un rastro, o la fábrica con tren en movimiento y música electrónica hecha especialmente para ella por Vicente Rojo (Cama), Arturo Márquez y Jorge Córdoba. Fábricas abandonadas donde reina el vacío y la ausencia del hombre, con mucho de laberinto y su color café-verdoso que se remite a lo oxidado, a lo abandonado."²

Recientemente inauguró una exposición

² Ambra Polidori. "El mimetismo entre hombre y ciudad, la intención de mi trabajo: Macotela". Diario *Uno más uno*, octubre 3 de 1986. Cabe aclarar que el tren en movimiento al que se refiere Macotela en esta entrevista, así como la música de Rojo, Márquez y Córdoba, no funcionó ni se escuchó los días posteriores a la inauguración, posiblemente por un desperfecto en el mecanismo o por la simple negativa de los custodios del Museo de Arte Moderno a accionar dicho mecanismo. La muestra en cuestión es *Ciudad Rota*, individual del artista presentada en el mencionado recinto durante octubre y noviembre de 1986.

en la Galería Pecanins titulada "Cielos y personajes de la inmersión"³. En ella presentó trabajos que pertenecen a tres disciplinas importantes: pintura (mayoritariamente obras al pastel), escultura (cerámica de *stone ware* manufacturada en el taller de Hugo Velázquez y Aurora Suárez, en Cuernavaca) y las maquetas que nos refieren casas y fachadas, además de tres cuadros de obra gráfica que conforman una carpeta. Abundaré sobre esta exposición:

Los cielos se despejan por momentos. Se despejan en partes, siempre está la amenaza gris de cerrarse de nuevo el azul constante de un cielo que ya hemos olvidado.

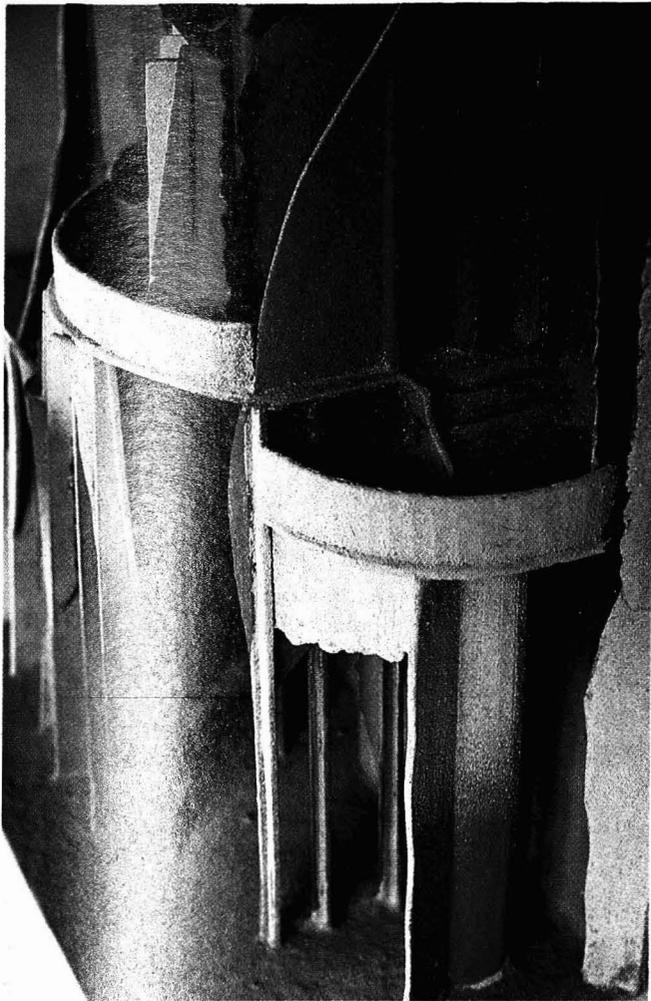
Hay urbe, hay construcción, hay líneas que han sido puestas para evocar ciudad, hombre, noche, sombras y tal vez, la posibilidad lejana de que en algún momento llegue un ventarrón decidido a dejar esto como estuvo por tantos años.

³ *Cielos y personajes de la inmersión*, exposición de Gabriel Macotela inaugurada el 18 de agosto de 1987.

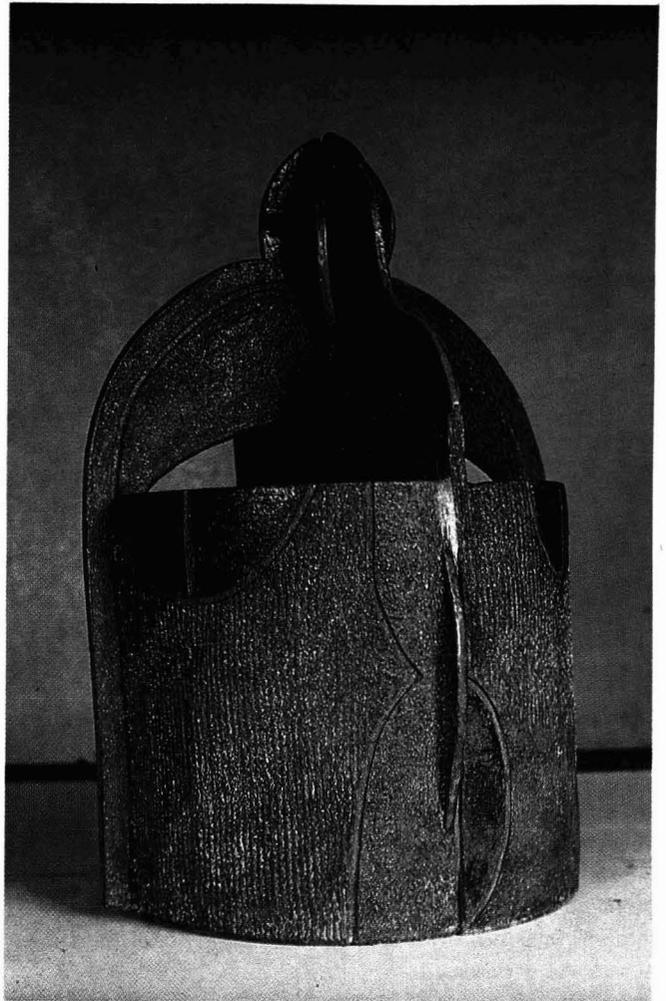
Por lo pronto, Gabriel Macotela ha tomado un momento de esos cielos, los ha recreado, ha puesto el instante pequeño en que el aire deja un hueco sobre nosotros para darnos la oportunidad de soñar que se abrirá más y más ese agujero recién formado, hasta dejar todo el cielo sobre nosotros hecho un gran hoyo limpio y azul.

Tal vez por eso Macotela puso en sus papeles además de esta esperanza, dos planos literalmente hablando, recurriendo al corte directo, al hoyo en papel que nos hace mirar hacia adentro, que nos da una tercera dimensión, una más que las usuales en trabajos sobre un plano.

Las líneas de composición se conservan intactas. El dibujo se complementa con sus ausencias. Tras los primeros planos, Gabriel ha puesto un papel cuyo color, generalmente neutro, hace resaltar a los primeros que tocan nuestros ojos, los que están al frente. *Cielo roto* (el de mayores dimensiones) es una excepción de los que poseen el segundo plano. En él,



Detalle de maqueta



Pieza de cerámica

vemos un trasfondo que ha sido pintado con grises y azules, colores que se descubren atrás de los huecos que ha dejado la trama de una ciudad que al mismo tiempo es cielo.⁴ En los cuadros al pastel sobre un mismo plano, es recurrente la presencia de una ciudad envuelta en humo, envuelta en el sinsentido de "lo urbano", de "la civilización", en lo grotesco de lo antifuncional, en lo inútil de una puerta que fue puesta donde está no sólo para llegar al interior de una casa, sino para agradar la vista con un objeto que debe manipularse para cambiar de ambiente.

⁴ Macotela ya había recurrido a este lenguaje en su exposición del Museo Carrillo Gil titulada *Diario horizonte* y llevada a cabo en 1983. Al respecto Jorge Alberto Manrique señaló en el artículo referido en la cita No. 1 lo siguiente: "La exposición del Carrillo Gil presenta cuatro tipos de obras: cerámicas, pasteles, pinturas y unos objetos pictóricos conseguidos por la superposición de una tela en bastidor, calada, recortada, rasgada, pintada, sobre otra superficie continua, a una distancia de pocos centímetros. ...pero como ambas superficies tienen materia pictórica, el resultado es el de un cuadro por entremedio del cual se advierte otro cuadro."

Por eso también hubo que poner la palabra *cielo* sobre algún edificio alto, para indicar dónde está lo que ya no vemos, dónde queda el arriba y el abajo en un mundo gris, en un entorno que Gabriel trata de abrir y dejar listo ante nuestros ojos como para que mentalmente completemos la apertura, terminemos la faena, tan sólo aunque sea al mirar la obra, de limpiar una ciudad, de limpiar un cielo que baja su barriga sucia hasta nuestras narices durante las inmersiones sin que nada podamos cambiar ni evitar.

Estos cuadros hechos al pastel sorprenden por la historia que cuentan. Sorprende la historia contada también, así como los motivos tremendos que han llevado a Macotela a constatar un hecho incuestionable: el deterioro del medio ambiente.

Para él son los azules que usa en sus cuadros. Para ese ambiente gris, sofocado, caluroso, encerrado, son todos los matices infinitos de azul que viven en la obra de Gabriel. Los personajes han tomado cuerpo, reclamado su espacio y desplazado el

aire. Existen. Me refiero a los trabajos en cerámica. Es como si de pronto uno de sus cuadros se hiciera voluminoso, salieran de la tela que da la espalda a la pared las líneas más representativas de la composición. Hay ya un cuerpo, una forma que ocupa un espacio y que nos dice, más allá de simplemente cómo sería la forma del cuadro hecha pieza, cómo es esa colección de líneas que ahora estrenan lugar entre nosotros; como uno más de nosotros. La forma recurrente en las esculturas es el medio círculo. Aparece como contorno, como relieve, como cúpula, como la otra mitad del círculo que inconscientemente deseamos completar con la mirada. Las formas orgánicas no sólo se crean con líneas curvas y blandas que evoquen lo contrario a lo geométrico. Debe haber representación humana, identificación de la pieza con un referente humano. Algo en ellas nos debe evocar el "ser" personas, el ser como uno representado y abstraído a la vez, llegado hasta el límite el proceso de decantación de la figura para (sin que

Laberinto, Puerta, Cerradura



ésta desaparezca) alcanzar la nueva forma y ser el objeto que ahora es. La textura de las esculturas es en ocasiones arenosa, en otras lisa y brillante, en otras, mezcla de ambas, se debate entre lo áspero y lo liso. Aquí hay encierro. Sus esculturas son intimistas. Todas guardan aire en su interior, guardan formas, se guardan a sí mismas al tiempo que, paradójicamente, se muestran. No así las piezas que podrían recibir el nombre de relieves. Ellas son abiertas, las formas están expuestas, extendidas, mostrándose a quien las mire, siendo en su dureza formas eternamente suaves, eternamente en movimiento, rítmicas, cadenciosas. Su lectura manda los ojos por caminos

(atrás (allá) y adelante (acá)) que una vez que se recorren pareciera que cambiaran para ser otros en la siguiente mirada. Por otro lado, las maquetas van más allá de lo que propuso en las que se expusieron en el Museo de Arte Moderno en la muestra titulada *Ciudad Rota*. Llegan más cerca de una escenografía teatral, son más un medio receptor de la forma urbana en la que se antoja circular, conteniendo al mismo tiempo la idea de su pintura, los colores, las texturas. Existe un dejo de tragedia en ellas. Es como si de pronto Macotela evocara un momento del pasado y cortara una casa de tajo, por el frente y por los lados. Dentro de ellas hay escaleras,

puertas, pasadizos, pasillos que nos llevan a topar con pared y nos hacen descubrir que estamos en una azotea. El cielo que se supone debería estar sobre ellas, se ha quedado en la propia pieza para ser un color más en la fachada, para ser el elemento del paisaje incluido (contenido) en la propia construcción. La textura arenosa da un volumen y una idea muy distinta a las mencionadas maquetas presentadas en el MAM. Ahora no hay tanta vejez como volumen, no hay tanta magia como reconstrucción, no hay tanto sueño como realidad.

En su interior debieron haber pasado muchas cosas. Algo de teatral hay en ellas. Algo de cotidiano nos dice que ya las conocemos. Algo de su estructura nos previene al mirarlas. Se cae de pronto en la cuenta de que nuestro punto de observación es un lugar similar, estamos, vivimos en una maqueta parecida a la que vemos. En la fachada grande hay una cruz volteada. A diferencia de las otras, ésta es más plana y el lenguaje estructural (de construcción) no es tan rico como en las demás, sin embargo, en ésta, a diferencia de las otras, vemos (en relieve) las ya conocidas líneas de dibujo compositivo y estructural de Macotela.⁵

Asistimos pues, a una exposición que es resultado de la influencia ejercida por el medio ambiente sobre Gabriel Macotela.

En ella están plasmados sus modos de ver un cielo cada vez más lejano; una ciudad rota que sigue rota tal vez porque ya es así, porque seguirá siendo así para siempre, herida, masacrada, incompleta; unos personajes que han tomado su lugar entre nosotros para decirnos con sus formas y nombres plagados de buen humor de qué están escapando, cómo han llegado a ser lo que son y no otros.

Asistimos al evento de toma de conciencia de una realidad que a todos nos compete. Somos todos cielos y personajes de la inmersión, hasta que algo demuestre lo contrario. ◇

⁵ Hay que mencionar que esta pieza es la propuesta presentada por Macotela para decorar con un mural de cerámica el vestíbulo del edificio Castelar del Parque que por estas fechas se construye en Polanco. Como casi todos los proyectos de este tipo, la idea original sufrió muchas modificaciones en el camino hasta quedar francamente alejada de la idea original. La maqueta que nos ocupa, es la primera propuesta.

Persona II

